

ANEXO 1

HACIA DÓNDE VA LA EDUCACIÓN EN EL PAÍS

Decía Séneca que la felicidad es como las amapolas, que con sus colores vivos y radiantes brillan con esplendor en medio de un campo de trigo. No, a las amapolas no las sembró nadie.

Lo que sembró el campesino es el trigo. Pero, al sembrar trigo, el campesino creó la posibilidad de que crecieran las amapolas y de que brillaran con esplendor, en medio del trigal, con sus colores vivos y radiantes. La felicidad, añadía Séneca, no se la siembra, pero sí las condiciones en que ella puede florecer: sabiduría, serenidad, armonía, paz.

¿No ocurre algo parecido con la educación?

Veamos: al educar en una escuela de calidad y para todos, con un sistema educativo libre y moderno, no se crea, per se, una sociedad próspera, rica, equitativa y democrática. No. Pero sí se crean las condiciones para que esos cientos de miles de individuos dotados de una educación eficiente y suficiente conformen una sociedad competitiva y dinámica, altamente calificada, que garantice trabajo, salud y seguridad a todos sus integrantes. Que es, precisamente, lo que no está ocurriendo en el Ecuador.

Sí, la educación en el Ecuador ha fallado estrepitosamente en su tarea de crear individ-

uos emprendedores, creativos, abiertos y democráticos, que sean el motor de una sociedad nueva y mejor. Tanto ha fallado, que si algún acuerdo hay en este país tan duro para los consensos es la convicción unánime de que con la educación hay que hacer "algo". Y, además, algo decisivo. Pero, ¿qué?

La crisis de la educación ecuatoriana se encarna en la imagen de los maestros públicos, a quienes la mitología popular y ciertos cálculos políticos vislumbran como una especie de héroes, que mal pagados y sin apoyo recorren el país, hasta sus lugares más inhóspitos, llevando los conocimientos bási-



cos –y con ellos la esperanza de un futuro mejor– a millones de niños abandonados y sin destino.

En todo eso hay un contrato implícito: el país les entrega a los maestros –o, en este caso, a su gremio, la radical y alborotadora Unión Nacional de Educadores– la gestión de la educación pública y el manejo de su inmensa burocracia, a cambio de pagarles unos salarios escuálidos y de no exigirles ninguna actualización ni someterlos a evaluaciones periódicas de preparación y capacidad.

Y, así, mientras las escuelas públicas se deterioran sin remedio, a su lado florecen escuelas privadas que ofrecen, a quienes puedan pagarlas, niveles aceptables de educación. Con todo lo cual la brecha entre los más y los menos

puddientes se convierte, cada día más, en un abismo. En medio del trigo –volviendo a la metáfora de Séneca– no florecen las amapolas, porque aquí nadie sembró el trigo.

¿Qué hacer? Después de todo, tal vez la solución no sea tan compleja como se podría temer. Parecería indispensable, primero que todo, jerarquizar la profesión docente, para que los maestros reciban salarios dignos a cambio de la obligación de actualizarse y someterse a evaluaciones.

Segundo, descentralizar la educación, poniéndola en manos de los gobiernos locales, que cada día funciona mejor, y quitándosela a esas burocracias ineficientes y costosas y a esos gremios politizados y agresivos que tanto daño le han hecho. Y,

tercero, permitiendo que cada escuela sea administrada por sus respectivos padres de familia, en representación de los niños que en ella quieren educarse.

En fin, de lo que se trata es de hacer ese “algo” que todo el Ecuador reclama. De sembrar el trigo para que brillen las amapolas. Y es que, después de tantas décadas de una educación sin rumbo ni apoyo, es evidente que este país se está perdiendo el presente, porque ha entrado al siglo XXI atrasado, mal preparado culturalmente deteriorado. Lo grave es que, si no se hace algo pronto, el Ecuador se perderá también el futuro.

*Jorge Ortiz.
(Revista DINERS.
Agosto 2004)*